

«¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos, y tus discípulos no ayunan?». (Mateo 9, 14-15)

En este viernes después de ceniza, la Palabra nos invita a reflexionar sobre el sentido del ayuno. Lo hace presentándonos el pasaje en el que los discípulos de Juan el Bautista preguntan a Jesús por qué sus seguidores no ayunan en sábado tal como lo ordenaba la normativa religiosa vigente.

No es la primera vez que Jesús se salta la ley para poner en evidencia el sentido más pleno de la misma. El ayuno en sí mismo no tiene razón de ser si no nos lleva a vivir con mayor desprendimiento hacia las cosas y mayor disponibilidad para servir a los demás.

De hecho la lectura de Isaías que precede al texto del Evangelio nos recuerda que el ayuno que Dios acepta es el del servicio y el compromiso con las personas necesitadas que nos rodean. Si hacemos del ayuno un rito más y sólo con su cumplimiento nos sentimos “buenos”, estaremos entrando en la dinámica de un ritualismo compensatorio, poco menos que vano.

Quizás una buena manera de ayunar consista en acercarnos con mayor disponibilidad y alegría a nuestros las personas cuyo cuidado se nos ha confiado, echar un cable al compañero y la compañera que lo están necesitando, disimular un error y animar a quien lo haya cometido, callar ante el dolor que nos pueda provocar una actitud o una palabra malsonante...

Seguramente todos sabremos identificar esos “ayunos significativos” que nos ayudan a crecer como personas y como discípulos y asumir las llamadas de conversión que se evidencian en nuestra fragilidad y reclaman una respuesta.

La Hospitalidad nos brinda a diario ocasiones preciosas para vivir desde esta espiritualidad cuaresmal que no pone el acento en las privaciones sino en la purificación de las motivaciones que nacen del corazón.

El mensaje de cuaresma del Papa Benedicto XVI para este año pone el acento en este aspecto ya desde el primer párrafo: *“La celebración de la Cuaresma, en el marco del Año de la Fe, nos ofrece una ocasión preciosa para meditar sobre la relación entre fe y caridad: entre creer en Dios, el Dios de Jesucristo, y el amor, que es fruto de la acción del Espíritu Santo y nos guía por un camino de entrega a Dios y a los demás.”*

El ayuno que Dios quiere es el de nuestras propias inconsistencias para ser más libres en el ejercicio de la caridad, del amor desinteresado.

Danilo Luis Farneda Calgaro PASTORAL.

ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL

